

“¡Mi compromiso es con la vida!”



Cecilia del Carmen Lara González es la tercera de cuatro hermanos, Jorge, Iván y Claudia, que nacen frutos del amor entre Elena González y Jorge Lara, sus padres, que este año celebran 56 años de matrimonio. Soltera y Profesora de Educación Diferencial, trabaja en el Instituto Salesiano desde el 2018 como parte del Proyecto de Integración impulsado por el Ministerio de Educación.

Cursó su Enseñanza Media y egresó del entonces Colegio Inmaculada Concepción en 1986, siendo su Profesora Jefe Gloria Cifuentes.

Reconoce que cuatro años le bastaron para empaparse de un Proyecto Educativo con sentido de vida que intenta prologarlo en su servicio diario. Antes, de Primero a Tercero de Enseñanza Básica estudió en la Escuela 1122 -hoy Colegio Bicentenario- y de Cuarto a Octavo, en el Colegio María Auxiliadora.



El lugar de encuentro para esta entrevista fue el Aula de Recursos para el Aprendizaje. Un espacio colorido, acogedor, con mesas, libros y material didáctico que saltan a la vista, de fondo la imagen imponente de María Inmaculada que será coprotagonista en este testimonio de vida, iy no requerimos indagar demasiado para saber por qué! Para Cecilia es un regalo particular y fundante en su vida el haber crecido al alero de dos carismas con espiritualidad mariana que marcaron profundamente su existencia. “De María Auxiliadora

destaco los valores de la alegría del servicio y la alegría de trabajar con los niños y jóvenes; de la Inmaculada la solidaridad y la consecuencia”. Son dos carismas que confluyen en la vida de Cecilia bajo un mismo primado: la centralidad de Jesucristo y hacer presente el Reino aquí y ahora.



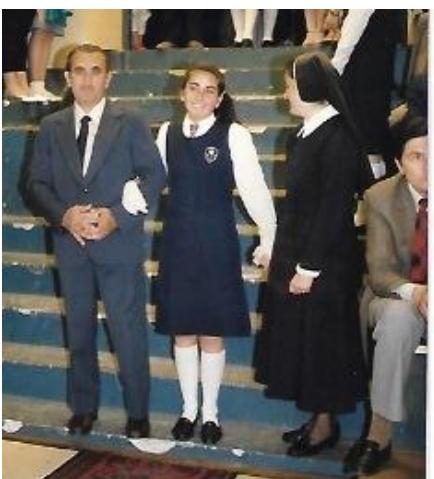
Al volver a pasar por su corazón los inicios en su entonces Colegio Inmaculada, Cecilia recuerda particularmente una clase de Educación Física con la entonces profesora Ximena Bustamante Avila. “Nos tocaba gimnasia artística, teníamos que colgarnos de la barra y habíamos varias que no éramos buenas para hacer ese tipo de ejercicios, pero ella solo pedía que quedáramos un ratito colgando de la barra pues valoraba el esfuerzo que uno pusiera en hacer las cosas. Había compañeras que daban vueltas ágilmente, hacían piruetas y

eran muy buenas en eso... Otras y yo ¡nada! -dice mientras lanza una carcajada-. Esa actitud de valorar el esfuerzo de las personas y la individualidad que cada uno es en la creación del Señor me marcó profundamente”.



“Yo estoy súper agradecida del colegio porque nosotros éramos cuatro hermanos y aun cuando en ese tiempo no recibían subvención estatal, yo estudié con un porcentaje de Beca en mi colegiatura gracias a Sor María de Los Ángeles. Cuando estaba en Cuarto Medio peligré terminar el año pues la situación económica en mi familia estaba muy complicada, pero ella se preocupó y gestionó; eso lo que voy a agradecer siempre porque después en la Universidad y luego en el trabajo, uno

nota que la formación académica que entrega el colegio es excelente; hay una diferencia en el desempeño profesional y uno valora la calidad de profesores que tuvo”. Además de Sor María de Los Ángeles Carrera, Cecilia recuerda con especial aprecio a las religiosas Sor Alejandra Greisser su profesora de Artes Manuales, Sor Rebeca y Sor Fidelita Riede “muy estricta y muy amorosa a la vez” -acota- que en 1986 celebró sus 60 años de vida religiosa, “bodas de diamante que todos celebramos con ella, fue el año en que egresé”.





Abrazar la Carrera de Educadora Diferencial en la Universidad Austral de Chile de donde egresó en 1992, fue un anhelo de niña. Reconoce que es la expresión de la semilla de amor de Dios que él fue cultivando en su interior, preparándola así para el servicio a los niños y jóvenes. "Desde muy niña con mis papás jugaba a ser profesora. La elección de la carrera fue porque me encanta ayudar al que más le cuesta, al que presenta mayor dificultad para hacer algo; ser un granito de arena y contribuir en su proceso junto a otros -porque esto abarca muchas disciplinas- es fascinante, por eso también escogí la mención en Déficit Intelectual".

La pasión por la carrera que abrazó se refleja en el brillo de sus ojos y en su rostro radiante cuando habla de su experiencia laboral y de sus niños y

jóvenes, al punto que recuerda el día exacto en que se tituló, "en 1992 comencé en abril a trabajar en Corral y me titulé el 24 de julio".

Su vida profesional se ha empapado de múltiples experiencias. Tras un año en Corral, trabajó tres años en Temuco hasta 1997 cuando su padre sufrió un infarto y se abocó a su cuidado. Luego de ejercer tres años en forma particular, el 2000 se reincorporó al sistema trabajando en el Liceo Acharán Arce al contacto con niños muy vulnerables. Sin embargo, en todo su caminar profesional hay una experiencia significativa que destaca por su impronta mariana y su sello espiritual.

Por espacio de nueve años, desde el 2001, ejerció en Puerto Montt, en la Escuela Especial de los Salesianos al amparo de la Fundación Laura Vicuña, donde asumió como Coordinadora el 2002 y el 2007 como Directora, hasta el año 2010. Ese año junto a su hermana se trasladan a Valdivia para estar más cerca de sus padres y velar por su cuidado, "ellos estaban muy solitos, ya necesitando mayor compañía y había que tomar esa decisión; ¡después no sirve de nada arrepentirse por lo que no se hizo a tiempo!", dice con particular énfasis en la voz. Una vez en Valdivia, asumió la Dirección del Colegio San Marcos, trabajó en la UTP en un colegio en Picarte, pero siempre se las ingenió para estar vinculada a la docencia en el aula porque "educar es lo mío, la dirección es un rol, ¡mi ser natural es ser profesora!", enfatiza.



Su semblante se ilumina y su voz adquiere un tono emotivo al recordar su paso por Puerto Montt. "La Fundación Laura Vicuña tenía una casa de acogida o centro abierto dependiente del Senaime y la Escuela Especial donde viví años maravillosos. Allí trabajé con niños de escasos recursos y con discapacidad; gracias al financiamiento que llegaba les

podíamos dar lo mejor de lo mejor, porque se invertía el cien por ciento de los recursos en ellos y

eso era muy gratificante. Cada niño es un mundo; cada paso y cada huella es única al igual que lo son sus familias. Es un contacto que enriquece mucho y una experiencia que marcó mi vida. Es ahí en mi trabajo diario donde intento ser consecuente con los valores que recibí. Desde la consecuencia uno educa; si ellos ven que uno vive lo que transmite es la mejor enseñanza”, puntualiza.



Dios, su amor y la vida le abrieron las sendas para mantenerla estrechamente vinculada al carisma mariano que plenifica su vida. Tras ocho años en Valdivia, el 2018 llegó al Instituto Salesiano como profesora y a poco andar, la Coordinación Académica le ofreció la posibilidad de colaborar en la Unidad Técnica Pedagógica. “Yo te decía y te lo repito, lo mío es ser profesora, ese es mi ser natural. Cuando la psicóloga me entrevistó me preguntó si no me complicaba llegar como docente si había sido directora; yo le dije, ¡en

ningún caso! Esas han sido funciones que me ha tocado realizar; ser profesora es mi gozo. Los cargos que uno ejerce no son jinetas, son servicios que implican un grado mayor de responsabilidad, nada más; vivirlo así es ser consecuente. Yo como directora en Puerto Montt era la que abría y cerraba el colegio, si había que barrer barríamos todas, pues siento que así tú generas equipo; si no, aunque tú lo sepas hacer si solo instrucciones no resulta; tú comprometes al otro cuando tú te comprometes, ese es el camino. Cuando uno se une a la bandada conformas un mismo equipo; eso es lo que cuenta y la humildad con que se realiza ese encargo; saber agradecer siempre y la disposición de siempre aprender, reconociendo cuando uno se equivoca y pedir disculpas. Eso lo aprendí en mi casa y lo reforcé en los dos colegios cristianos donde estudié”.



Hacer presente el Reino con los cristos sufrientes



A la par con la labor educativa hay otra pasión que encanta a Cecilia y que se relaciona con el reconocimiento de Cristo en los rostros sufrientes. Todos los domingos, tempranito en la mañana, atesora la experiencia en el Comedor san Antonio de la iglesia San Francisco, donde llegó tras participar del equipo de Liturgia. “Sentí que había harta gente para colaborar en ese servicio litúrgico y poca gente al otro lado -dice entre risas-. Necesitaba hacer algo más vinculado al servicio solidario y llevo allí alrededor de

tres años. Mi anhelo es tratar de ayudar sin esperar recompensa ni reconocimiento. Al comedor

llega gente muy carenciada, muy sufrida. María es la persona que cocina y escucharlos decir ‘tía muchas gracias, estuvo muy rica la comida’ es muy gratificante. Ese día ellos estuvieron en un lugar confortable, comieron calentito, estuvieron bien atendidos, bien tratados, independiente de sus historias de vida que esas las ve Dios. Verlos llegar contentos -algunos muy tempranito para ocupar las duchas que están dispuestas para ellos y después pasar a almorzar- es un regalo de amor. Hay uno que siempre llega con su chocolatito para la señora María y para mí; uno se llena de esa energía divina que vive en ellos”.



buscando siempre -como decía don Bosco- ‘servir con alegría hasta el último aliento por mis jóvenes’, ellos son los hijos que Dios me regaló”.

Los desafíos de la inclusión y de ser familia hoy

Al preguntarle por los desafíos de la sociedad frente a la inclusión, Cecilia es enfática. “Todos los seres humanos debemos trabajar la empatía, debemos hacer el intento de ponernos en el lugar del otro, pues es la única forma de comprender, de colaborar y compadecernos con lo que el otro vive. Un ejemplo muy simple es ‘salgan de su casa con los ojos vendados’, ahí uno se da cuenta de lo necesario que es que alguien que se acerque, que te ayude y te oriente. Todos somos diferentes

y todos necesitamos la ayuda del otro; cierto que hay necesidades especiales que se notan más que otras, pero si somos capaces de ponernos en su lugar pondríamos nuestro granito de arena y sería más fácil incluir porque estaríamos todos en la misma senda, todos queriendo ayudar”.



En su labor docente, Cecilia trabaja con dos primeros básicos y un segundo con problemas de lenguaje, donde reforzar la lectoescritura pasa por la pasión de haber abrazado una vocación. “Frente a la ternura de los niños uno no puede quedar impávida, su inocencia grita a Dios, esa limpieza de alma y corazón uno lo agradece y lo disfruta porque ahí uno encuentra a Dios todos los días. Acompañar

estos procesos implica necesariamente vincularse con su entorno familiar desde el diálogo, la cercanía y la contención”, asegura.

En Octubre, mes en que la Iglesia enfatiza el valor de la familia, este año con el lema ‘Familia, Bautizados y Enviados’, Cecilia -reconociendo que no es una experta- se aventura a describir el escenario que rodea hoy la vida familiar. “El consumismo ha llevado a que los matrimonios se formen por la necesidad de estar uno al lado del otro y probar la sensación de estar juntos. Antes,

El rostro de Cecilia se ilumina al repasar algunas de las historias de esos ‘cristos sufrientes’. Reconoce que es la conjunción y vitalidad perfecta para el inicio de la semana con sus niños y jóvenes que se forman para ser buenos cristianos y honestos ciudadanos. “Aquí también hay que servir, aquí está la alegría de la juventud y la inocencia de la niñez, aquí germina esa semilla solidaria. Entre ellos hay muchos que tienen situaciones súper difíciles y uno está aquí para alivianar esa carga en la medida de lo posible,

como en el caso de mis papás, se casaban con muy poquitas cosas y tenían que trabajar codo a codo para adquirir lo necesario; eso era una experiencia fundamental del caminar juntos. Hoy pones la lista de regalos en una tienda y te casas casi con la casa armada; la pregunta que surge es dónde sustentas ese proyecto de construir juntos; siento que hoy se lucha poco y que la convivencia tiende a ser desecharable. Lo triste es cuando están los hijos de por medio y se debe abordar el daño emocional que queda en ellos”.

Sin darnos tiempo a esbozar la pregunta siguiente, rápidamente agrega. “¡Pero no pierdo la esperanza, no me desanimo! Ser familia en la sociedad de hoy es aprender a ser persona, valiosas y amadas por Dios; fortalecer la familia desde esa realidad es fundamental. Para construir

necesitamos no solo confiar en el amor sino creer en él, invirtiendo esfuerzos, tiempo y cariño, que se experimenten contenidos, acogidos y escuchados desde su realidad de vida. Esa frase ‘todo lo puedo en Cristo que me fortalece’ a mí me llena de energía y me hace volver a empezar las veces que sea necesario”, sentencia.

Cecilia sabe lo que dice, Jorge y Elena sus padres, han sido pilares fundamentales en su crecimiento y reconoce que a partir de su testimonio es como conoció, al igual que sus hermanos, a la persona de Jesús. “Mis padres han sido un pilar

importantísimo, yo los admiro y valoro, y agradezco a Dios la oportunidad que me dio de tener los papás que tengo. Mis padres ninguno logró terminar su educación; mi padre perdió a su papá cuando tenía tres años, mi abuelita quedó con once niños; mi mamá también perdió a su mamá cuando era lola. Mi mamá, siempre cariñosa, cercana y buena para reírse, me enseñó a rezar y me dio a conocer a Jesús. Siempre, aun con el tiempo que les tocó vivir, siendo super trabajadores los dos, fueron padres super presentes, de cariño dedicado a sus hijos. En mi casa nunca faltó la alimentación y la salud provista por mi papá. Hubo un tiempo que mi papá tuvo tapicería, él hacía los sillones y mi mamá le ayudaba haciendo las fundas. Siempre se han colaborado mutuamente ¡como en la foto! -dice entre risas mientras nos muestra una foto de sus padres ovillando lana-. En medio de sus escaramuzas que es lo natural en toda relación, ellos son de relaciones de respeto, de buenas palabras, nunca golpes o groserías, y eso es un privilegio hoy día”, precisa.



Para Cecilia, estudiar en dos colegios marianos, luego trabajar y abrazar el carisma salesiano que estudió en María Auxiliadora, son parte de su plenitud de vida. “Trabajar con Cristo presente con los ‘buenos días’ que es la oración que prepara al servicio del día, al alero de don Bosco, me encanta y me llena el alma. Para mí María siempre ha sido, desde niña, esa ‘mamá celestial’ que me protegía donde yo estuviera... Ella me hace sentir protegida, cuidada y amada. Es mi referente de mujer valiente, humilde, siempre servidora, discípula de su Hijo

Jesús, y me hace presente el lema de mi licenciatura ‘Mi compromiso es con la vida’ y que para mí es un desafío diario. Mis compañeras de generación me molestan y me dicen ‘¡cómo te acuerdas de tanto!’ y es porque al entrar al gimnasio y ver esa frase ¡se me grabó a fuego! y es lo que he tratado de hacer, comprometerme con la vida allí donde el Señor me ha puesto”.